

# A y Z

Agustín Monsreal  
Escuela de Teatro del INBA.  
(tercer premio)

## A

Se cierran las puertas de la ciudad y sus habitantes, en la intimidad, lloran aún tus funerales. Desde entonces, se han cumplido en espera las cosechas. Suena el cuerno de la noche.

Deposito mis flores sobre la tierra que acogió tus restos. Si pudieras mirar mis ojos verías dos centinelas. —Juro vengar la afrenta de tu muerte; juro restituir la gloria a tu solio y tu linaje. Lo sé a salvo y sediento de regreso. Armaré su brazo y su corazón. Y los vestidos brumosos y mantos de los amantes pregonarán la sangre, vertida en justicia, de sus cuerpos.

Huérfana soy: mantengo encendida la hoguera de tu nombre. Hermana soy: en duelo y esperante.

El desterrado regresó al sitio de su destino; lo aguardaba la rosa filial con los pétalos abiertos. Las sombrías plañideras giraban su canto y las Furias presentían la sangre y ensayaban la destreza de sus lenguas.

Nosotros no éramos entonces.

El desterrado punteó la estaca y se dejó conducir por las aves rojas donde el corazón de su raíz. Los pezones de fuego lo miraron desde la transparencia de la túnica, lo nombraron. Orestes sucumbió; su ser entero se hizo lacio, surtidor, manantial blanco.

Nosotros no éramos entonces.

Se aldabonaron las puertas del palacio. La banda de reptiles se restregaba al sol y rumoreaba. Electra se convirtió en estatua de sal, te espero.

Con el ocio, los levadizos puentes caza-insectos de las Furias, se fueron herrumbrando.

Supo que a quien había asesinado en personal contienda, fue su padre. Y supo que aquélla, en quien convergía cuando el amoroso diálogo nupcial, era su madre. Y su progenie sus hermanos. La violencia divina obraba contra la ciudad y se precisaba el alumbramiento de esta verdad para salvarla. La revelación la hizo el invidente. Y el Rey, confinado al dolor y la desolación urdió rehusar de sus ojos para holgamiento de su castigo y paz de la comunidad. La Reina impidió que laborara el acto; le sanó los lloros y le desistió de maldecir. Ella, por el oráculo de siempre lo sabía. Lo miró a los ojos, lo besó,

le hundió sus finísimos dedos entre los cabellos y lo internó en su cuerpo.  
¡Infeliz! ¿Y para qué si no te germiné?

Mi ejército, perpetuamente victorioso, sitiaba la ciudad y aguardaba el ruido incendiario de mi voz para enfrentarla. Yo sentía revolverse, hambrientos, los jaguares de mi deseo. Los Principales de la ciudad comunicaron mi condición a la doncella y convino su virginidad en darse a mí en holocausto.

Durante tres días y tres noches permaneció mi tienda clausurada.

El cuarto día, al amanecer, ordené levantar el campamento y partir, hacia el mar, de regreso. Se cumplió todo en silencio y vista baja; no relincharon los caballos ni chocaron, al ordenarse, los hierros. La arena del desierto, espesa, se desposaba con la piel ampollándola, incrustando su sequía.

Herida de dientes y zarpas, mi contendiente, levantado el sitio, retornó a su lugar. Y fueron mis jaguares quedados en ella, tercos, lamiendo el pétalo de su misterio invulnerado.

Devoramos ávidamente el animal. Alta, hoja mayor del árbol de la noche, se oreaba la luna. El dormía. Ella, con la desencarnada quijada del asno, le despedazó el cráneo. Yo ascendía y descendía, una y otra y otra vez, en el hermoso cuerpo de mi hermano.

No fue Adán sino el asno, quien procreó a Caín y Abel; luego el crimen de Eva, se confirma, fue de origen pasional.

---

## y Z

Extraño que fue: a un leve impulso de mi cuerpo la puerta estuvo abierta. Y salí a divulgarme. Para mi asombro, y pena luego, huyeron a pesar de mi sonrisa, todos; hasta el guarda, que en tantas ocasiones me mira a los ojos largamente, al verme cuerpo al sol, desapareció.

Unos pasos sobre la flor ancha del asfalto, un espacio breve, y me hallé solo. Es extraño, sentí.

Y regresé al olor podrido.

Cuando soy imposibilitado por los hierros para su calor, los juegos, las caricias, se estiran, con ramas prolongan sus manos para tocarme, me gritan y pasman y contentan.

Es extraño que sólo entrampado me quieran. Y es amargo.

Cuando llegué donde la tierra hierve, donde el centro, vi unas manos casi pabilo de gastadas, un corazón mondado, una boca sin huella de saliva; y dos ojos erguidos, incendiarios, se toparon con los míos, que también buscaban.

Fue cuando el cansancio comenzaba a distraerme de la lectura, que improvisó un círculo ágil a unos centímetros de mi cabeza; en un descenso rápido y seguro se posó casi donde el número que indica la página. Seguí con la mirada su cuerpo negro y breve que avanzaba sobre el papel, conservándose siempre en la parte limpia de tinta. Esperé llegara a la costura de las hojas para que, con un mínimo cerrar el libro, concluyera la molestia. Pero presentí con desagrado el crujido leve, la terca mancha que su cuerpo aplastado dejaría. La vi virar, regresar al margen superior izquierdo e iniciar su avance sobre las letras borrándolas a su paso y engrosando, como si fuera nutriéndose de ellas. Al concluir era un punto insólito en el centro de la superficie blanca, un punto largamente quieto que miré dividirse en dos y mirarme y deslizarse lenta, muy torpemente hacia abajo. Se me hizo entonces lumbre el

ruido de la sangre y apesté la violenta precisión de mis nudillos; al igual tiempo, sentí un grito romperse en mi garganta y comenzaron a fluir las enormes lágrimas viscosas, en dolor a resbalarme por la cara.

Estaba, espectador involuntario, plantado en el centro de la distancia que los separaba; los miré acercarse lentamente, perezosos, olisquearse y entablar una contienda breve y ruidosa. A la mañana siguiente, una pequeñísima protuberancia roja me lucía en el párpado inferior izquierdo.

Voy a despedirme. Busco en los andenes hasta encontrar el de la soledad. Me observo planchando con los dedos el billete sin escalas al silencio. Todo espacio es calor y lento, lento; los viajeros, con el rabo de la esperanza, aguardamos adioses, un manojo de alas donde sustentar la espiral del sueño.

Sin flores un viaje tan largo, sin flores.

Me soy turbio y lateral y triste de dejarme en mi ceguera, triste. A través de una cerca de cristal me miro sin extensión de veliz en la mano, solo, donde el nacimiento de lo desconocido inevitable.

Me veo partir —adiós— de lejos.

Salgo de la estación, de la fatiga cirial de los cargadores y la orfandad de una mano hacia quién tendida. El tren ausenta el silbo largamente amargo de mi sangre.

Terminaron el bamboleo, el descenso. Los oscuros golpes terminaron. Una mínima lágrima invasora me busca el corazón. Silencio de tierra adentro me contiene.

Prematuros me nacen y pululan.

Roen.

Alda decidió abolir esa borlita blanca que, sin saber cómo, se había alojado en el centro de la uña de su dedo anular de la mano izquierda. Ultimamente dormía mal, castañeteaba los dientes y se quejaba; despierta ya, se borraba el tormento de su cara, aunque día a día estaba más pálida y avejentada. Armada de valor y de un cincel se arrancó de raíz la uña, y gritos horadantes y lágrimas. Yo, echado junto a la jaula de mis animalitos albos, la miraba; en silencio, en sufrimiento la miraba. Limpió con cólera la carne acabada de nacer al dolor. Como una mínima boca dentada abierta, el trocito blanco se dibujaba en el centro de la herida. Alda se rebanó el dedo con el cuchillo de cocina. Yo, ensalivando rabioso el pan de mi impotencia, la miraba. Cuando la sangre dejó de fluir, la acometió una fatiga intensa y se recostó. Durante el sueño, sintió una como corriente eléctrica ascendiendo torturante por su brazo, unos como mordiscos breves, desgarraduras intermitentes devastándole el cuerpo, desencarnándolo. Cuando lo intentó, era tarde para despertar y buscarse.

Yo amaba a Alda. Y la extraño. Y quisiera que estuviera aquí; aunque no permitiera a mis animalitos andar sueltos por los lugares todos de la casa.